

## PRESENTACION

El futuro inmediato es de las monstruópolis. Para 2050, una ciudad como São Paulo, que ahora tiene una densidad de población de más de 7 mil habitantes por kilómetro cuadrado, habrá superado en mucho esa cifra ¿Cuántos habitantes tendrá Yakarta, hoy con una densidad de más de 10 mil? Las proyecciones apuntan hacia un crecimiento efectivamente monstruoso de las ciudades, habida cuenta de que éste será efecto de una explosión demográfica que degradará el ambiente y destruirá los bosques y las tierras de cultivo. Como consecuencia, para mediados del próximo siglo, según el último *World Development Report*, cerca de un tercio de la humanidad vivirá en países con tales agobiantes densidades. Bangladesh, según *The Economist*, podrá sobrevivir sólo si convierte a sus campesinos en trabajadores fabriles y se transforma, para todos los efectos, en la mayor ciudad-Estado del planeta. Tales conglomerados —más que ciudades— harán parecer idílicas a las actuales urbes. Mantenerlas en calma, asegura la revista británica, será la principal preocupación de los políticos del Tercer Mundo.

Los avatares de nuestra historia han hecho de la Ciudad de México y zonas conurbadas un escenario del porvenir. Quizá la palabra más apropiada sea *laboratorio*, dado que aquí se han venido ensayando, sobre todo en los primeros tres años de la administración de Carlos Salinas de Gortari, quien de conformidad con la Constitución delegó el gobierno urbano en Manuel Camacho Solís, modalidades de organización política merced a las cuales se han ido creando mecanismos e instancias de equilibrio entre los grupos de

ciudadanos y los administradores y entre los grupos mismos. Por eso mismo, las tensiones generadas a partir del veloz crecimiento de la ciudad, no han llegado al extremo del estallido, ni tanto menos al de ciertas formas de "guerra social" como las manifestadas en algunas ciudades sudamericanas o en Los Angeles, sino que, por el contrario, se han transmutado, en muchos casos, en energía generadora de un nuevo espíritu urbano, que no es poca hazaña para una metrópoli amagada de caer en el caos, bajo el peso de sus propios números.

En este momento, las oposiciones, señaladamente el PRD y el PAN, como parte de su estrategia, están promoviendo la causa del "Estado 32" o "Estado de Anáhuac", es decir, que el Distrito Federal se convierta en un estado a cuyo frente estaría un gobernador elegido por sufragio directo y que tendría además su propia Cámara de Diputados. Se suele afirmar que tamaña falta de democracia ha creado entre los habitantes de la ciudad un ánimo de agravio exacerbado por problemas tan graves como el de la contaminación ambiental, manejado como consecuencia directa del actual régimen administrativo.

La verdad histórica es que la Ciudad de México nunca ha elegido a su gobernante; pero no entraré en el tema. Este libro lo trata satisfactoriamente. Tampoco haré un enjuiciamiento de las bondades o las fallas de las administraciones metropolitanas a partir de 1929, año de la consolidación del sistema político hoy en vías de reforma. Pero sí quisiera subrayar que, cuando después del terremoto del 85, los problemas acumulados por la zona metropolitana en su acelerado crecimiento, se articularon para conformar un solo horizonte de crisis, la ciudad —quiere decir, sus habitantes y las autoridades— reaccionaron en conjunto con una velocidad, que no puedo por menos de calificar de pasmosa, para emprender un proceso de búsqueda de maneras de convivencia. Esa búsqueda desembocó en la estructura política descrita en el artículo 73 de la Constitución, estructura que a su vez ha servido de apoyo a la evolución posterior actuada por todos los habitantes de la ciudad.

En eso consiste la novedad y el mérito de la administración urbana en la Ciudad de México en los últimos, veloces, tres años, ni se ha tratado de “refrescar” fórmulas de otro momento político, ni se ha querido “pasarla” poniendo parches a los problemas. Lo que se ha instituido en esta problemática área metropolitana ha sido un proceso que, en política, antes de la revolución europea de 1989, hubiera parecido imposible, esto es, un proceso reformista de experimentación socio-política realizado en la praxis de todos los días. En más de un caso aun antes de que se formulara una propuesta teórica o programática.

No es fácil describir lo que ha estado aconteciendo entre nosotros en esta urbe. Pero haré un primer intento. Lo que se ha hecho es abrir cauces para que los ciudadanos hagan llegar eficazmente sus reclamos a las autoridades. La precedente frase requiere de matizaciones, puesto que en más de un ejemplo han sido los propios ciudadanos los que han abierto sus propios cauces, esto es, han encontrado la manera de hacerse sentir y escuchar de un modo incipientemente institucional. El resultado ha sido que, en conjunto, el proceso ha dibujado el perfil de una sociedad civil muy definida. O sea, de algo bien diferente de las muchedumbres caraqueñas o paolistas, o quizá fuera mejor decir, porque entonces el ejemplo sería más incisivo, angeleñas. El magneto de este movimiento fue la creación de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal que, a diferencia de lo que hubiera podido suceder con un Congreso tradicional, se convirtió en un instrumento a la mano apto para transmitir al Jefe del DDF las demandas de los ciudadanos, aunque no se inhibió jamás a éstos en cuanto a la posibilidad de dirigirse a este último. Otro catalizador fue la decisión por la Jefatura del DDF de hacer de la concertación y el diálogo directos un instrumento de gobierno. Sería de señalar una circunstancia característica de este fin de siglo: En la creación de esta singular manera de organizarse la urbe, a partir de la ciudadanía y sus agrupaciones, los partidos en general han sido rebasados, inclusive el PRI. El fenómeno es universal y ha correspondido al emerger de eso que hoy llamamos “sociedad civil”. En los países no preparados para enfrentarlo ha dado

origen a sentimientos de desorientación y, en general, a crisis más o menos profundas. En México, gracias entre otras cosas a una difusa cultura política, mal que bien implantada por la disciplina priísta, se verificó el rápido ajuste arriba descrito.

Pero lo importante de todo esto es que, merced a ello, nuestro país se ha adelantado en lo que sería un tema urgente para el siglo XXI: El gobierno de los enormes conglomerados, más que supermetrópolis, que se están conformando en torno al planeta. El ejemplo más flagrante de lo que no se puede seguir haciendo es el constituido, paradójicamente, por la administración de una ciudad que es ejemplo prototípico de una urbe tercermundista enclavada en el Primer Mundo, Los Angeles, monstruópolis, si las hay, por muchas razones de frontera.

En un estudio reciente, se concluye que Los Angeles es "*a hard place for democracy*". Se trata de una enorme ciudad cuyos barrios y ciudadanos están más divididos entre sí que en otras ciudades estadounidenses, con más extranjeros que no votan y con la más baja proporción de minorías que sí votan. Ahí, añade el comentarista Tim Rutten, el sistema político local es una reliquia disfuncional de la "era progresista". Concebido en los treintas, dicho sistema genera "gobiernos gerenciales", un alcalde débil y un concejo municipal dotado de poderes legislativo y ejecutivo. Los "progresistas" tenían horror de los gobiernos partidarios tanto como de cualquier coalición construida sobre intereses étnicos y de grupo.

El resultado ha sido que los representantes de seis distritos pobres, con más de un millón 400 mil habitantes, son elegidos por unos 37 mil electores en total. La más prominente funcionaria hispana elegida en Los Angeles, Gloria Molina, responsable por una quinta parte del condado, con un millón 77 mil personas, fue elegida por 45 mil 805 votos, más o menos la misma proporción de electores que en los distritos. "El motín de Los Angeles —dice Rutten— estuvo precedido por una falla clásica de las instituciones democráticas. De los tres grupos más intensamente involucrados en estos acontecimientos, la mayoría de los coreanos y cen-

troamericanos tienen, en el mejor de los casos, tarjetas verdes y no votan; la mayoría de los afroamericanos no votan; y un 30 por ciento de los anglos, que componen el 50 por ciento de la población, votan, pero no se ocupan para nada de los otros”.

La comparación no debe parecernos forzada. Frente a una urbe fragmentada, como pudo ser la nuestra, aunque entre nosotros no existen tensiones raciales (tampoco las hay en Caracas y São Paulo), tenemos la Ciudad de México donde, además de instaurarse mecanismos de comunicación con las autoridades, los grupos de la sociedad civil descubrieron que también podían negociar sus diferencias entre sí, en triangulación con las autoridades. De esa manera, una monstruópoli en ciernes, que pudo haber sido catastrófica, ha confirmado una insólita capacidad para resolver sus conflictos y asomarse a una solución civil —por institucional— de sus problemas.

Decía yo antes que aquí, por ventura, las soluciones fueron generándose de la praxis, anticipándose muchas veces a la reflexión. Pero era evidente que la reflexión algún día tenía que ponerse a la par con la praxis. Y así ha venido sucediendo.

Elimino por lo pronto a la seudo reflexión traducida en la propuesta partidaria del “Estado 32”. Para mí, eso no tiene futuro, ni se detecta en la vida citadina ningún sentimiento generalizado de real agravio en ese sentido. Pero sí me llama poderosamente la atención lo que como hipótesis se ha venido derivando de la experiencia en el último trienio. Aquí entra este libro de José Castelazo, por su desempeño profesional, hombre compenetrado de la materia. Se advertirá que Castelazo resuelve la cuestión de la democracia por la vía de la sociedad abierta. O sea, se inclina por la posición de Ralf Dahrendorf quien, refiriéndose a las sociedades de Europa Oriental, con dificultades para adaptarse a las fórmulas de la democracia partidaria de Occidente, dice que lo importante en último término no son las estructuras institucionales, sino que los sistemas sean abiertos. No insistiré más en esto, puesto que el libro se explica por sí mismo. Sólo deseo subrayar que su enorme interés estriba en ser una

**aportación a ese nuevo campo teórico del gobierno de las hipermetrópolis del siglo XXI y, en último término, de los países del próximo siglo.**

**Jorge Hernández Campos**